

con él, dictó una carta para el Drayhy, en la que se obligaba à poner sus hombres y sus bienes à su disposicion, diciendo que la alianza entre ellos debia ser de las mas íntimas, à causa de su antigua amistad. Púseme en camino, provisto de aquel importante documento; pero al mismo tiempo muy inquieto con la noticia que me dió de la llegada de una princesa, hija del rey de Inglaterra, à Siria, donde desplegaba un lujo regio y habia sido recibida con toda pompa por los turcos: habia colmado de regalos magníficos à Mehanna-el-Fadel, y se habia hecho escoltar por él hasta Palmira, donde habia derramado sus larguezas con profusion y formándose un partido formidable entre los beduinos que le habian proclamado reina (1). Jeque Ibrahim, a quien comuniqué esta noticia, quedó aterrado, creyendo ver en aquel suceso una trama para echar por tierra nuestros proyectos.

El Drayhy, notando nuestra inquietud, nos serenó diciendo que se sembrarian talegos de oro desde Hama hasta las puertas de la India sin lograr desprender à ninguna tribu amiga de la solemne alianza pactada.

—“La palabra de un beduino es sagrada, añadió; proseguid vuestro proyecto, sin apuraros por nada. Yo por mí, ya he hecho mi plan de cam-

(1) Esta supuesta princesa no era ni mas ni ménos que lady Ester Stanhope.

“paña: voy à partir para el Horan con el fin de  
“vigilar los pasos de Ebn Sihoud; él solo es de  
“temer para nosotros; luego volveré a acampar-  
“me en las cercanías de Homs.”

Jeque Ibrahim, que no tenia ya ni dinero ni mercancías, se decidió a enviarme inmediatamente a Corietain, de donde despacharia un mensajero a Alepo a cobrar un *grupo de talaris*. Partí muy alegre, encantado de volver a ver a mis amigos y de descansar algun tiempo entre ellos. El primer dia de mi viage no ocurrió novedad, pero al dia siguiente, à cosa de las cuatro de la tarde, en un sitio llamado Cankoum, caí en medio de una tribu que creia amiga, y que luego resultó ser la de Bargiass. Ya no era tiempo de retroceder, y así me dirigí hacia la tienda del jeque, precedido de mi negro Fodda; pero apénas echó pié à tierra, le mataron à mi vista y ví todos los sables levantados sobre mi cabeza. Tan sobrecogido quedé, que no sé lo que pasó en seguida; solo me acuerdo de haber gritado:

—“¡Teneos! reclamo la proteccion de la hija de Hedal,” y de haberme desmayado.

Cuando abrí los ojos estaba tendido en una tienda, rodeado de unas veinte mugeres que se esforzaban por hacerme volver en mí, dándome à respirar cerdas chamuscadas, vinagre y cebollas, miéntras que otras me inundaban de agua é introducian

mantequilla derretida en mis labios secos y apretados, apenas recobré el sentido, la muger de Bargiaiss me cogió la mano diciéndome: "Nada temais, Abdalla; estais en la tienda de la hija de Hedal; nadie tiene derecho para tocaros."

Poco despues, habiéndose presentado Bargiaiss, à la entrada de la tienda, para hacer, decia, la paz conmigo: "Por la cabeza de mi padre, exclamó su muger, que no entrarás en mi tienda hasta que Abdalla esté del todo curado!"

Tres dias pasé en la tienda de Bargiaiss, asistido del modo mas afectuoso por su muger, que entre tanto estaba negociando mi reconciliacion con su marido. Guardábale yo tanto rencor por su brutalidad, que se me hacia muy duro perdonarle; al fin, sin embargo, consentí en olvidar lo pasado, à condicion de que firmaria el tratado con el Drayhy, abrazámonos y nos juramos fraternidad. Bargiaiss me dió un negro: "He sacrificado vuestro dinero, y os debo en cambio una alhaja,"—juego de palabras sobre los nombres de los negros, —Fodda, dinero, y Giauhar, alhaja: luego hizo disponer un festin para celebrar nuestra reconciliacion. En medio de la comida, llegó à todo escape un correo del Drayhy, trayendo à Bargiaiss una declaracion de guerra à muerte, llena de insultantes epítetos:

"¡Oh tú! traidor, que quebrantas la ley sagrada de los beduinos, le decia: ¡Oh tú! infame que asesinás á tus huéspedes; osmanli de negro rostro,

"sábete que toda la sangre de tu tribu no bastará à redimir la de mi amado Abdalla. Prepárate à la pelea; mi corcel no probará el descanso hasta que no haya esterminado al último de tu raza." Díme prisa à partir para evitar todo choque y tranquilizar à jeque Ibrahim y al Drayhy, quienes me recibieron con indecible alegría; apénas podian creer el testimonio de sus ojos; tan milagrosa les pareció mi presencia. Contéles todo lo que habia pasado.

Al dia siguiente me puse en camiuo para Corietain, donde me detuve veinte dias, aguardando la vuelta del mensajero que envié à Alepo. Gran necesidad tenia yo de descanso y de aquella ocasion de renovar mi vestimenta, que se me caia del cuerpo à pedazos; pero estuve à pique de detenerme allí mas de lo que hubiera querido, pues corrió la voz de que el ejército de los wahabi habia invadido el desierto de Damasco y talado varias aldeas, matando los hombres y à los niños hasta el último, y perdonando nada mas que las mugeres, pero despues de haberlas robado. El jeque de Corietain, incapaz de oponer la menor resistencia, hizo cerrar las puertas de la ciudad, prohibió salir de ella y aguardó temblando los resultados. Pronto supimos que habiendo atacado el enemigo à Palmira, los habitantes, retirados en el recinto del templo, se habian defendido denodadamente, y que los wahabi, no pudiendo reducirlos, se habian contentado

con matar á los camelleros y robar los ganados. De allí pasaron á saquear la aldea de Arack, y se estendieron por las cercanías. Mucho me atemorizaron estas siniestras nuevas por la suerte de mi mensajero, que llegó sin embargo sano y salvo, con el dinero de jeque Ibrahim; habíase refugiado algun tiempo en Sadding, cuyos vecinos, habiendo ya pagado una fuerte contribucion, nada tenían que temer por el momento. Aprovechéme de esta circunstancia, y quitándome mi traje de beduino, me vestí como un cristiano de Sadding, y pasé á aquella aldea, donde obtuve noticias del Drayhy, que estaba acampado en Ghaudat el Cham con la tribu Bargiass. Trasladéme á su lado lo mas pronto que pude y allí supe con sentimiento que se habia formado una temible coalicion entre Mehanna el Fadel y la trihu del pais Samarcanda: habian entablado relaciones con los gobernadores de Homs y de Hama, reuniéndose así turcos y beduinos contra nosotros. En aquella crítica situacion, acordéme de nuestro amigo el bajá Soliman, é insté á jeque Ibrahim á ir á Damasco á conferenciar con él. Inmediatamente nos pusimos en camino, y nos apeamos en casa de su primer ministro, Hagim, quien nos dijo el nombre de la supuesta princesa de Inglaterra y nos notició que merced á la influencia y á los regalos de lady Stanhope, se habia formado Mehanna un poderoso partido entre los

turcos. Estos pormenores nos confirmaron en la idea de que la Inglaterra, noticiosa de nuestros proyectos, pagaba por una parte á los wahabi, miéntras que por otra procuraba reunir á los beduinos con los turcos por medio de lady Stanhope: apoyaba además nuestras congeturas que tuvimos en casa de M. Chabassan de un inglés que tomaba el nombre de jeque Ibrahim, y que procuraba sondearnos, aunque estábamos demasiado alerta para caer en el garlito. Habiendo obtenido de Soliman bajá lo que deseábamos, nos dimos prisa á volver á nuestra tribu.

El valor del Drayhy no flaqueaba, antes cada dia estaba mas animado. El *bouyourdi* que nos concedió Soliman Bajá mandaba á los gobernadores de Homs y de Hama que respetasen a su fiel amigo y querido hijo el Drayhy Ebn Challan, que debia ser obedecido como gefe supremo del desierto de Damasco, y decia que toda alianza contra él era opuesta a la voluntad de la Puerta. Provisto de este importante documento, nos adelantamos hácia Hama, y pocos dias despues, Jeque Ibrahim recibió una invitacion de lady Ester Stanhope para pasar a verla con su muger, madama Lascaris, que se habia quedado en Acre. Esta invitacion le contrariaba tanto mas cuanto hacia tres años que no habia dado noticias suyas a su muger, para que no supiese por donde andaba, ni su intimidad con los beduinos, y sin embargo era preciso contestar a lady

Stanhope. Escribióle que tendria el honor de pasar a verla apenas se lo permitiesen las circunstancias, y al mismo tiempo despachó un correo a su muger diciéndole que rehusase por su parte el convite; pero ya era tarde. Inquieta por la existencia de su marido, madama Lascaris habia pasado inmediatamente a Hama, a verse con lady Stanhope, esperando por aquel conducto descubrir su paradero, y así se vió obligado el señor Lascaris a ir a reunirse con ella.

Acercábase entre tanto Mehanna mas y mas, creyéndose seguro de la cooperacion de los osmanlis, y el Drayhy, creyendo que era llegado el momento de presentar el bouyouirdi del Bajá, envió a su hijo Saher a Homs y a Hama, donde fué recibido con los mayores agasajos. En vista de la órden de que era portador, ambos gobernadores pusieron sus tropas a su disposicion, declarando a Mehanna traidor, por haber llamado a los wahabi, los mas encarnizados enemigos de los turcos.

Convidó lady Ester Stanhope a Saher a pasar a su casa, le colmó de regalos, así para él como para su muger y su madre, dió un *mackla* y un par de bótas á cada ginete de su comitiva, y anunció el proyecto de ir en breve a visitar su tribu. No fué tan feliz el señor Lascaris en la visita que le hizo; habiendo intentado en vano con astutas preguntas sonsacarle en punto a sus relaciones con los bedui-

nos, acabó por tomar un tono de autoridad que dió al señor Lascaris un pretesto para romper con ella; envió a su muger a Acre, y se separó de lady Stanhope, completamente reñido con ella.

Mehanna se preparaba a empezar la lucha, pero viendo que el Drayhy no estaba en manera algun intimidado, juzgó prudente asegurarse un refuerzo de osmanlis, y envió a su hijo Farés a Homs, a reclamar la promesa del gobernador; pero este, en vez de darle el mando de una division, le hizo cubrir de cadenas y meter en un calabozo. Mehanna consternado por aquella fatal nueva, se vió en un momento derribado del mando supremo y reducido á la triste y humillante necesidad, no solo de someterse al Drayhy, mas tambien de solicitar su proteccion contra los turcos. Aquel pobre anciano, abrumado por tan inesperado revés, se halló precisado a ir a implorar la mediacion de Assaf, caudillo de Sadding, que le prometió negociar la paz: partió este efectivamente con cien ginetes para ir á acompañarle y dejándole con su escolta á alguna distancia del campamento, se adelantó solo hasta la tienda del Drayhy, que le recibió como á amigo, pero rehusó al principio la sumision de Mehanna: entonces nos interpusimos en su favor. Jeque Ibrahim hizo valer la hospitalidad que nos habia dispensado euando llegamos al desierto; y Saher, besando dos veces la mano de su padre, unió sus

instancias a las nuestras. Acabó, en fin, por ceder el Drayhy, y los principales de la tribu se pusieron en marcha para ir a recibir a Mehanna con las atenciones debidas a su edad y a su clase. Luego que echó pié a tierra, el Drayhy le hizo sentarse en el asiento de honor y mandó traer el café: entonces Mehanna poniéndose en pié:

—“No beberé tu café, le dijo, hásta que estemos completamente reconciliados y hayamos enterado las siete piedras.”

Al oír esto, levantóse igualmente el Drayhy, ambos desenvainaron sus sables y se los presentaron mutuamente para besarlos, hecho lo cual se abrazaron, lo mismo que todos los presentes. Mehanna hizo con su lanza en medio de la tienda un hoyo en la tierra, de un pié de profundidad, y habiendo elegido siete piedrecitas, dijo al Drayhy:

—“En el nombre del Dios de paz, para tu fianza y la mia, de este modo enterramos para siempre nuestra discordia.”

A medida que iban echando las piedras en el hoyo, los dos jeques las cubrían con tierra y las pisaban, mientras que las mugeres prorumpían en atronadores gritos de alborozo. Terminada esta ceremonia (1), volvieron a sus asientos y se sirvió el café; desde entonces ya no era lícito recordar lo pasado ni hablar de guerra: me aseguraron

(1) Esta ceremonia se llama *kasnat*.

que para que una reconciliación se hiciese en regla, debía celebrarse de aquel modo. Después de una copiosa comida, leí el tratado en el que pusieron sus sellos Mehanna y otros cuatro gefes de tribus (1). Sus fuerzas reunidas ascendían a siete mil seiscientas tiendas, y lo que todavía era mucho más importante, el Drayhy se hacía de este modo gefe de todos los beduinos de la Siria, donde no le quedaba un solo enemigo. Saher fué a Homs con objeto de solicitar la libertad de Farés, a quien en efecto trajo consigo, vestido con una pelliza de honor, para tomar parte en la general alegría; después de esto las tribus se dispersaron ocupando todo el país desde el Horan hasta Alepo.

Solo esperábamos ya el fin del verano para regresar al Levante, y terminar los negocios que habíamos entablado el año anterior con las tribus de Bagdad y Bassora. Este tiempo de calma y ocio se ocupó en los preparativos de un casamiento entre Giarah, hijo de Farés, gefe de la tribu el Harba, y Sabha, hija de Bargiass, la más hermosa doncella del desierto. Yo me interesaba particularmente en la boda, por haber conocido a la novia

(1) Estos caudillos eran: Zatack Ebn Fahrer, caudillo de la tribu el Gioullan; Giarah Ebn Meghiel, caudillo de la tribu el Giamha; Ghaleb Ebn Hamdoun, caudillo de la tribu el Bellahiss; y Faress Ebn Nedged, caudillo de la tribu el Masleker.

durante mi permanencia al lado de su madre. Farés rogó al Drayhy que le acompañase a la tienda de Bargiass para hacer la demanda matrimonial, y las personas mas notables de la tribu, ataviadas con sus vestidos de mas lujo, los acompañaron. Llegamos a la tienda de Bargiass sin que nadie saliese a recibirnos; ni aun el mismo Bargiass se puso de pié cuando entramos; tal es la costumbre en semejantes circunstancias; la menor atencion se consideraria como una falta de decoro. Pasados algunos momentos el Drayhy tomó la palabra:

—“Por qué, dijo, nos recibís de tan mala manera? Si no quereis darnos de comer nos volverémos à nuestras tiendas.” Durante este tiempo Sabha, retirada en la parte de la tienda reservada à las mugeres, miraba á su novio por la abertura de la lona. Antes de dar principio à la negociacion es preciso que la jóven haga seña para manifestar que acepta al que se presenta; porque si despues del secreto ecsámen de que acabo de hablar dice á su madre que el futuro no le gusta, la cosa no pasa adelante; pero en aquella ocasion, como el que se presentaba era un bizarro mozo, de noble y altiva presencia, Sabha hizo la seña de adhesion á su madre, que respondió entónces al Dray:

—“¡Seais bien venidos! No solo os darémos de comer con mucho gusto, mas os concederémos cuanto pidais.

—“Venimos, replicó el Drayhy, á pedirnos vuestra hija en matrimonio para el hijo de nuestro amigo; ¿cuánto quereis por su dote?”

—“Cien *nackas* (1), respondió Bargiass, cinco caballos de la raza de Nedgde, quinientas ovejas, tres negros y tres negras para servir á Sabha; y para el regalo, un *machlah* bordado de oro, un vestido de seda de Damasco, diez brazaletes de ámbar y coral; y unas botas amarillas.”

El Drayhy hizo algunas observaciones sobre una exigencia tan eshorbitante, diciendo.

—“Veo que quereis justificar el refran árabe: *Si no quieres casar á tu hija, ponla muy cara.* Sé mas razonable si quieres que se efectue esta boda.”

Ajustóse el dote definitivamente en cincuenta *nackas*, dos caballos, doscientas ovejas, un negro y una negra. El regalo quedó como le habia pedido Bargiass, y aun se añadieron algunos *machlah* y unas botas amarillas para la madre y otras personas de la familia. Despues de haber estendido el convenio, le leí en voz alta; luego los circunstantes recitaron la oracion *Falíha*, el *Padre nuestro* de los musulmanes, que da, por decirlo así, la sancion al contrato; luego se sirvió leche de camella, como se hubiera servido agua de limon en una ciudad de

(1) Hembras de camellos, de la mas hermosa especie.

Siria, y concluida la comida, montaron á caballo todos los jóvenes para dedicarse á los juegos del djerid (1) y otros: Giarah se distinguió, por agradar á su futura, que observó con gusto su agilidad y gracia. Nos separamos cuando entró la noche, pensando cada cual en los preparativos de la boda.

Al cabo de tres dias, el dote ó mas bien el precio de Sabha, estaba preparado; un inmenso acompañamiento se puso en marcha, observando el orden siguiente: á la cabeza iba un ginete con una bandera blanca en la punta de su lanza y diciendo á grandes voces: Llevo el honor sin mancilla de Bargiass. Detras seguian los camellos adornados con guirnaldas de flores y acompañados de sus conductores; luego el negro á caballo perfectamente vestido, rodeado de hombres á pié que iban entonando canciones populares. Detras de ellos iba una porcion de guerreros, armados con fusiles que continuamente disparaban: seguialos una muger que llevaba un brasero encendido en el que iba quemando incienso: luego iban las ovejas, conducidas por los pastores cantando, como cantaba Chibouk, el hermano de Antar, hace dos mil años, porque las costumbres de los beduinos no cambian jamas.

(1) Ejercicio ecuestre con palos que se lanzan como dardos. Estos palos se llaman *djerids*.

Venia luego la negra asimismo á caballo y rodeada de doscientas mugeres á pié, grupo que no era ciertamente el mas silencioso, porque los gritos de alegría y los cantos nupciales de las mugeres árabes son de lo mas agudo que se puede imaginar. El camello que llevaba el regalo cerraba la marcha, los machalabs bordados de oro se veian estendidos por todas partes cubriendo el animal. Las botas amarillas pendian á los lados, y los objetos de valor dispuestos en festones y arreglados con arte, formaban el conjunto mas suntuoso. Un muchacho de la principal familia, montado en aquel camello, decia en alta voz: "¡Ojalá quedemos siempre victoriosos!" ¡Ojalá se apague para siempre el fuego de nuestros enemigos!" Otros muchachos le acompañaban gritando: "Amen." Yo por mi parte iba corriendo de un lado á otro para disfrutar mejor de aquel vistoso espectáculo.

Bargiass nos salió entonces á recibir con los hombres y las mugeres de su tribu, y entonces fué cuando los gritos y los cantos fueron verdaderamente atronadores; luego los caballos, lanzados en todas direcciones, pronto nos envolvieron en una nube de polvo.

Dispuestos en orden los regalos al rededor de la tienda de Bargiass, se hizo el café en una gran caldera y todos le tomaron, esperando el festin.

Diez camellos, treinta carneros, y una inmensa

cantidad de arroz formaba el fondo de la comida, despues de la cual se apuró una segunda caldera de café. Aceptado el dote, terminóse la ceremonia, recitando de nuevo la oracion, y se convino en que Giarah iria á buscar á su novia dentro de tres dias. Antes de partir, fuí á la estancia de las mugeres para que conociese mas particularmente á Jeque Ibrahim la muger de Bargiass, y para darle gracias de nuevo por los desvelos que me habia prodigado. Respondióme que queria aumentar mi deuda de gratitud dándome á su sobrina en matrimonio; pero Jeque Ibrahim remitió al año prócsimo la ejecucion de aquel proyecto.

La víspera del dia fijado para la boda; estendióse la voz de que un formidable ejército de wahabi habia asomado por el desierto; los correos volaban de tribu en tribu, escitándolas á reunirse de tres en tres, ó de cuatro en cuatro, á fin de que, en todos los puntos, pudiese hallarlas el enemigo prontas á recibirle, y poco faltó para que empezase la boda por un combate á muerte, en lugar de un combate fingido, como es costumbre.

Salieron el Drayhy y los otros gefes muy de mañana con mil ginetes y quinientas mugeres para ir á conquistar á la hermosa Sabha. A corta distancia del campo se paró la comitiva; los ancianos y las mugeres echan pié á tierra y esperan el resultado de un combate entre los mozos que vienen á robar á la

novia, y los de la tribu que se oponen á este intento; estas peleas suelen tener malas resultas; pero no le es permitido al esposo tomar parte en ellas porque podrian poner su vida en peligro las asechanzas de sus rivales. En aquella ocasion, todo se redujo á unas cuantas heridas, y la victoria, como era regular, quedó por los nuestros; que robaron á la novia y se la entregaron á las mugeres de nuestra tribu. Sabha iba acompañada de unas veinte doncellas y seguida de tres camellos cargados: el primero llevaba su handag, cubierto de grana, guarnecido de franjas y borlas de lana de varios colores, y adornado con plumas de avestruz; festones de conchas y tiras de vidrios de color adornaban la parte interior, y servian de marco á unos espejitos, que colocados de trecho en trecho, reflejaban la escena por todos lados. El segundo camello llevaba su tienda, y el tercero, sus alfombras y su ajuar de cocina. Sentada la novia en su handag, y rodeada de las mugeres de los caudillos, montadas en sus camellos y de las mugeres á pié, empezó la marcha; varios ginetes, caracoleando á la cabeza, anunciaban su llegada á las tribus que debiamos encontrar al paso, y que salian á recibirnos quemando incienso y matando carneros bajo los piés de los camellos de la novia. Nada puede dar una idea esacta de aquella escena, ni de la que duró todo el dia y toda la noche: imposible seria pintar las danzas, los cantos,



las hogueras, los banquetes, los gritos de toda especie y el alboroto que siguieron á su llegada. Dos mil libras de arroz, veinte camellos y cincuenta camellas se devoraron, en el festin de los caudillos, ocho tribus enteras se hartaron, merced á la hospitalidad de Farés, y todavía se oía gritar á media noche: "El que tenga hambre, que venga á comer." Tenia yo tan gran reputacion entre ellos, que Giarah me pidió un talisman para asegurar la felicidad de aquel enlace:—escribí su cifra y la de su muger en caracteres europeos, se las dí con solemnidad, y nadie dudó de la eficacia de aquel hechizo, viendo el contento de ambos esposos.

Pocos dias despues, noticioso que los wahabi, en número de diez mil combatientes, tenian sitiada á Palmira, dió orden al Drayhy de salirles al encuentro y los alcanzamos en El Dauh; allí hubo algu tiroteo hasta el anochecer, pero sin que se trabase seriamente la lid. Entónces tuve ocasion de apreciar las ventajas de los *mardoufs*, en estas guerras del desierto en las que es preciso provisiones para el ejército para mucho tiempo. Estos camellos, montados por dos hombres, son como unas fortalezas ambulantes, provistas de cuanto necesitan para su sustento y su defensa; un barril de agua, un costal de harina, otro de dátiles pasos, un cántaro de manteca de oveja, y las municiones de guerra, forman como una torre cuadrada sobre el lomo del animal. Los hombres, cómodamente colocados á ambos lados en

asientos de cuerdas, no tienen que recurrir á nadie: cuando tienen hambre, amasan un poco de harina con manteca, y se la comen sin hacerla cocer; unos cuantos dátiles y un poco de agua completan la comida de aquellos hombres sobrios; para dormir no hacen mas que tenderse en el camello como ya he dicho.

Mas serio fué el combate el dia siguiente: nuestros beduinos pelearon con mas encarnizamiento que sus adversarios, porque tenian detras de sí a sus mugeres y a sus hijos, al paso que los wahabi, lejos de su pais, y ansiosos solamente de pillage, estaban poco dispuestos a arriesgar sus vidas cuando nada habia que ganar. La noche separó a los combatientes, pero al amanecer volvió a empezar la lucha con nueva furia; en fin, al anochecer, la victoria se decidió a nuestro favor; les matamos sesenta hombres, les cogimos veinte prisioneros, catorce hermosas yeguas, y sesenta camellos; el resto del ejército huyó, y nos dejó dueños del campo de batalla. Esta victoria aumentó la fama del Drayhy, y colmó de alegría a Jeque Ibrahim, que exclamó:

—"Gracias a Dios, nuestras cosas van bien."

Como ya no teniamos mas enemigos que temer en el desierto de Siria, Jeque Ibrahim se separó por algun tiempo del Drayhy, y pasó a Homs á comprar mercancías y a escribir a Europa. Durante nuestra permanencia en esta ciudad, me dejó

en plena libertad para divertirme y descansar de todas mis fatigas; todos los días hacia partidas de campo con algunos jóvenes amigos amigos míos, y gozaba doblemente de aquella vida de placeres por el contraste que formaba con la que había pasado entre los beduinos; pero, ¡ah! ¡mi alegría debía ser de corta duración y convertirse pronto en amarga tristeza! Un mensajero que había ido a Alepo a buscar dinero para el señor Lascaris, me trajo una carta de mi madre, que se hallaba sumergida en la mayor aflicción de resultas de la muerte de mi hermano mayor, víctima de la peste. Su carta parecía insensata a fuerza de dolor; la infeliz madre no sabía qué era de mí hacia cerca de tres años, y me suplicaba, si aun vivía, que fuese a reunirme con ella. Esta terrible nueva me privó del uso de mis sentidos, y tres días pasé sin saber donde me hallaba, y sin querer tomar ningún alimento; gracias a los desvelos del señor Lascaris, fuíme restableciendo poco a poco; pero todo lo que pude obtener de él, fué que me dejase escribir a mi pobre madre, y aun hasta la víspera de nuestra partida no pude enviarle mi carta, por miedo de que viniese a verme; —pero paso por alto los pormenores de mis sentimientos personales, que no pueden interesar, y vuelvo a la narración de mi viage. Habiéndonos prevenido el Drayhy que pensaba salir pronto para el Levante, nos dimos prisa a ponernos en camino para alcanzarle; había puesto a nuestra

disposición tres camellos, dos yeguas y cuatro guías. El día de nuestra partida de Homs, sentí una opresión de pecho tan extraordinaria, que estuve a punto de tomarla por un funesto presentimiento: parecíame que caminaba a una muerte prematura; pero venciendo mi flaqueza, acabé por persuadirme de que lo que experimentaba era el resultado del abatimiento en que me había sumergido la dolorosa carta de mi madre; en fin, nos pusimos en camino, y después de haber andado todo el día, nuestros guías nos instaron a continuar de noche el viage, pues no teníamos más que veinte horas de marcha. Nada de particular nos sucedió hasta media noche, y ya empezaba a adormecernos el monótono movimiento de nuestras cabalgaduras, cuando el guía que iba delante nos gritó:

—“Abrid bien los ojos, y tened cuidado, porque estamos en la orilla de un hondo precipicio.”

El camino no tenía más que un pie de ancho; a derecha había una montaña tajada perpendicularmente, y a izquierda el precipicio llamado Wadi-el-Hail. Despertéme sobresaltado, me froté los ojos y cogí la brida que había dejado caer sobre el cuello de mi yegua; pero esta precaución, que debía salvarme, fué cabalmente lo que estuvo a punto de costarme la vida, porque habiendo tropezado el animal en una piedra, el miedo me hizo tirar de las riendas demasiado fuerte, con lo que perdió el

terreno y cayó rodando conmigo en el fondo del precipicio. Ignoro lo que pasó despues de aquel momento de angustia; pero he aquí lo que luego me contó Jeque Ibrahim. Lleno de terror, apéose de su caballo y procuró distinguir la sima en que yo habia desaparecido, pero la noche era demasiado oscura, tanto que solo el ruido de mi caída le advirtió de ella, y nada vió mas que un negro abismo bajo sus piés; entonces se echó a llorar y empezó a suplicar a los guías que bajasen al precipicio; pero lo juzgaron impracticable en la oscuridad, y aseguraron ademas que era trabajo escusado, pues no solo debia yo haberme matado, mas debia haberme hecho pedazos en las puntas de las peñas; entonces declaró que no queria moverse de aquel sitio hasta que la luz del dia permitiese hacer nuevas pesquisas, y prometió cien talaris al que le trajese mi cuerpo, por mas mutilado que estuviese, no pudiendo, decia, consentir en dejarle para pasto de las fieras; luego se sentó en la orilla del abismo, aguardando, en una sombría desesperacion los primeros albores de la mañana.

Apenas amaneció, bajaron los cuatro hombres, no sin dificultad, y me hallaron sin sentido, colgado por la cintura, con la cabeza hácia abajo; la yegua yacia muerta a algunas toesas mas abajo, en el fondo del barranco. Diez heridas tenia yo en la cabeza, el brazo izquierdo enteramente descar-

nado, las costillas hundidas y las piernas desolladas hasta los huesos; cuando me tendieron à los piés de Jeque Ibrahim, no daba ninguna señal de vida; echóse sobre mí el buen viejo llorando; pero como tenia algunas nociones de medicina, y nunca viajaba sin llevar consigo un botiquin, no se abandonó mucho tiempo à un dolor estéril. Cercioróse primeramente, acercándome à la nariz no sé que espíritus, de que aun vivia, me puso con mucho tiempo sobre un camello, y volvió conmigo à la aldea El Habedin; entretanto mi cuerpo se hincho prodigiosamente, sin dar otra señal de vida; el jeque del pueblo me hizo tender en un colchon y envió à buscar un cirujano à Homs. Nueve horas enteras estuve sin dar la menor señal de sensibilidad; al cabo de este tiempo abrí los ojos, sin tener ninguna percepcion de lo que pasaba en derredor de mí, ni el menor recuerdo de lo que habia sucedido: hallábame como bajo la influencia de un sueño, sin experimentar ningun dolor. Así estuve venticuatro horas, y no salí de aquel letargo sino para sufrir inauditos dolores; mas me hubiera valido cien veces quedarme en el fondo del precipicio.

Jeque Ibrahim no se separaba de mí un instante, y se deshacia en ofertas de recompensas al cirujano si lograba salvarme. Hacia este por su parte cuanto podia; pero no era muy hábil, y al cabo de treinta dias, mi situacion empeoró, en térmi-

nos que se temió la gangrena. El Drayhy vino á verme apenas tuvo noticia de mi desgracia, y tambien la lloró y ofreció ricos presentes al cirujano para activar su celo; pero en sus mayores extremos de afliccion por mí, no podía menos de lamentar la pérdida de su yegua Abaige, que era de pura sangre árabe, y valia diez mil piastras. Por lo demas, lo mismo que á Ibrahim, el dolor le ponía fuera de sí; ambos temian, no solo perderme, pues me querian de veras, sino tambien ver malograrse todas sus operaciones, de resultas de mi muerte. Procuré tranquilizarlos, diciéndoles que no creia morirme de aquella hecha; pero nada me anunciaba que estaria en situacion de viajar en mucho tiempo, aun dado que no sucumbiese.

Tuvo el Drayhy que despedirse de nosotros para continuar su emigracion hácia el Oriente, adonde iba á pasar el invierno. Jeque Ibrahim se desesperaba viéndome empeorar por dias; en fin, sabiendo que habia un cirujano mas hábil que el mio en El Dair Attié, le hizo llamar; pero se negó á venir, ecsigiendo que se llevase el enfermo a su casa: por consiguiente me hicieron una especie de litera lo mejor que se pudo, y me llevaron allá á riesgo de verme espirar en el camino. Aquel nuevo cirujano mudó enteramente los vendages de mis heridas, y las lavó con vino caliente; tres meses pasé en su casa, sufriendo un verdadero martirio, y echando

de menos mil veces la muerte de que habia escapado; luego me trasportaron á la aldea de Nabek, donde estuve en cama otros cinco meses. Solo al cabo de este tiempo empezó realmente mi convalecencia, y aun todavia tuve algunas recaidas; cuando veia un caballo, por ejemplo, perdía el color, y caia desmayado; este estado de irritacion nerviosa duró cerca de un mes. En fin, poco á poco logré vencerme en este punto; pero debo confesar que siempre me ha quedado un estremecimiento desagradable á la vista de ese animal, y que tengo hecho juramento de nunca montar á caballo sin una absoluta necesidad.

Mi enfermedad le costó cerca de quinientos talarís á Jeque Ibrahim; pero ¿cómo evaluar sus desvelos y paternales intenciones? seguramente le debo la vida.

Durante mi convalecencia supimos que nuestro amigo, el bajá de Damasco, habia sido reemplazado por otro, Soliman Selim, noticia que nos apesadumbró mucho, haciéndonos temer perder nuestro crédito entre los turcos.

Diez meses habian trascurrido, ¡nos hallábamos en primavera, y aguardábamos con impaciencia la llegada de nuestros amigos los beduinos, cuando vino un correo a anunciarnos que se acercaban. Dímonos prisa a enviarle al Drayhy, que le dió muy buenas albricias por la nueva de mi restable-